

Desierto: Escritura y desarraigo

Alejandro Pérez Cervantes

CONCIBO MI ESCRITURA como la rama más verde de un árbol que crece hacia la luz, y al mismo tiempo un árbol gemelo de raíces que se hunde en la penumbra de la tierra. Las ramas más fuertes y más nudosas del árbol visible son mis padres literarios. Las de las cicatrices talladas a navaja.

Las ramas más oscuras, las más secretas de aquel árbol invisible, son las voces venidas de una memoria ancestral, el crisol de la melancolía; la sensación de orfandad y desasosiego que me pone a escribir o a imaginar personajes bellos o terribles. Hay autores, libros o frases oídas que se clavan dentro de mí como arpones, estallando con sus esquirlas de fascinación y de duda. Pienso en Stevenson, en Chesterton, en Schwob, tan plagiado por Borges y Arreola, en autores tan raros y maravillosos como Onetti y Manuel Puig. En oscuros y desbocados como Osvaldo Lamborghini, en orfebres luminosos y desencantados como Juan Marsé y Alejo Carpentier.

Creo en la literatura a secas.

Hay escritores portentosos y escritores endebles. No importa si son yucatecos o jarochos, chilangos o duranguenses.

Yo escribo por accidente desde el norte. Pude haber nacido en el Bajío o en el sur de Texas. Sin embargo, escribo desde la fragilidad donde erijo mi patria y mi hogar, escribo acerca del desierto y la diáspora, del desamparo y la violencia, porque eso es lo que conozco desde niño.

En lo último que pienso cuando escribo es en ser insertado en una categoría. Toda definición en esencia es una reducción. Siento que los territorios dónde se fragua la literatura se configuran a partir de una geografía de afinidades, miradas u obsesiones comunes. La geografía como tal sirve

para vender mapas y fundar prejuicios como aquel famoso de Vasconcelos, cuando decía que la cultura terminaba en la Capital, y más allá empezaba el territorio salvaje de la cerveza y las carnes asadas. Para mí, la literatura obedece a otras cartografías; pienso, por ejemplo, en la estupenda novela sobre el desierto coahuilense *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* escrita por el bajacaliforniano Daniel Sada. O en —otra vez Bolaño— *Los detectives salvajes*, para muchos la gran novela mexicana del siglo pasado, escrita por un chileno que vivía a orillas del Mediterráneo. También, me gustaría recordar a Ret Marut, Hal Croves o Traven Torsvan, aquel taimado novelista nacido en Chicago, que bajo el nombre de Bruno Traven escribió *Canasta de cuentos mexicanos* o el *El tesoro de la Sierra Madre*, filmada en el desierto de Durango y llevada al cine de manera magistral por el genio de John Huston.

No creo que el misterio y la extrañeza se puedan configurar a partir de una visión absoluta de regiones específicas. El viaje me enseñó que los mapas siempre mentían.

Me asumo como narrador fronterizo sí concebimos la idea de frontera en términos mucho más amplios. Y me refiero a la literatura transgénero. Mi amigo Jaime Muñoz Vargas ha señalado el carácter anfibio de Murania, no sólo por el hecho de mezclar parcelas de la narrativa como el diario, la crónica, el cuento, la novela o el diccionario; sino por su intención misma de entrar en terrenos de la metaliteratura; al narrar la escritura del mismo dentro del libro; donde el autor participa del extravío de los personajes; como lo propusiera hace más de treinta años Ernesto Sábato en *Abaddón el exterminador* o José Emilio Pacheco en *Morirás Lejos*.

Murania es una película muda que mi padre adolescente ayudaba a proyectar en las rancherías perdidas de Zacatecas a mediados del siglo pasado. La música de esa palabra me ayudó a imaginar un mantra que a lo largo del libro fuera una señal y una clave en el destino de todos los personajes... una palabra cuya ambigüedad pudiera contener la respuesta o más bien aún, abrir nuevas puertas hacia El Misterio. Así, dentro del libro aparece como una película perdida (su única referencia real), el nombre de una revista literaria, la palabra usada por un poeta para aniquilar a un temible policía, la canción robada con la que un músico desaparecido entra en la leyenda o el tatuaje de una demente.

Así, construyo mi obra como quien erige un nido espiritual y lingüístico del cual aferrarse en la soledad, un huevo dónde pelear con el lenguaje, dónde oírlo solo, andamiando esas palabras... siento que la posible música de la narración tiene mucho que ver con el hecho de gestar una mirada y un pasmo en un ambiente completamente extraño, que ayuda vivir otra vida para asomarse a esas vidas imaginadas.

Quiero pensar que *Murania* es un western donde las balas son la verdad menos terrible. Una película corriendo infinitamente en un carrete de cine en un pueblo abandonado.

Murania es una novela formada a su vez por relatos: algo así como un ornitorrinco formado por historias. Borges hablaba de que siempre estamos escribiendo de distintas maneras un mismo libro.

Desde mis primeros relatos hay una serie de tópicos constantes a mi escasa obra: la violencia, los desencuentros, las dualidades inscritas en el hecho amoroso, la oscura materia de la creación, los demonios familiares, la nostalgia por el futuro y los encuentros inesperados con lo extraño.

Creo en el escritor errante, como Joseph Conrad, —otra vez la geografía, el horror— el autor inglés que en realidad era ruso, o el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, perdido en algún lugar del desierto africano.

Finalmente, *Murania* es un libro que trata sobre los sueños de personajes que están, igual que yo en el tiempo aquel, encontrándose con su ser en el vórtice mismo del extravío.

II

Y es que por definición el quehacer literario es un acto de soledad.

Un acto que precisa egoísmo y silencio. Una soledad tan concurrida.



De la serie Cartografías, I, 81 x 64 cm

Una esquizofrenia y un dialogar con uno mismo, y en el caso de la narrativa, pensar en los personajes, en el entramado de una historia es un acto que casi deviene en autismo, en locura. Por ello, la literatura pensada a partir de un grupo, de un género o de cierta tendencia política deviene en un producto chato y pobre, limitado.

Paradójicamente, asumo que el acto escritural se nutre de un diálogo con el mundo, con las lecturas de nuestros padres literarios, y también con quienes, como uno, se enfrentan al reto desde otros contextos y otras experiencias.

Para mí, el estado ideal de la literatura es el encuentro silencioso entre autor y lector. Esa afinidad misteriosa detonada a partir del azar y la empatía. No creo que la literatura se pueda enseñar, como se forma a un ingeniero o a un veterinario. Puedes enseñar técnicas narrativas, teoría literaria, crítica. Pero los escritores no se “fabrican”. Creo que este oficio se nutre de una complejidad y unos matices que muchas veces son imposibles de transmitir; me refiero

a que hay que transitar por esa experiencia, la crisis y el reto de la creación, la duda, el riesgo.

Creo en los escritores que escriben, y abren brechas distintas de atrevimiento o de genio –pienso en Vila-Matas, en Justo Navarro, en Don DeLillo, en el hermoso vértigo de Cormac Mc Carthy, que tanto y tan bien le ha cantado a la frontera norte y a la dimensión metafísica del desierto.

III

Mientras escribía *Murania*, leía a Ricardo Piglia y al novelista granadino Justo Navarro... me asombraba la capacidad de éste último para lograr que una frase o una afirmación dijera muchas cosas a la vez, como si en vez de contar una historia, estuviera contando al mismo tiempo cinco o veinte, incluso contradictorias, y que me llevara de la mano a través de esa maraña maravillosa... *Murania* fue una constante batalla entre lo concreto y lo ambiguo. Siento que esa frontera de silencio donde se diluyen los actos de los personajes resultaba más elocuente, más rica en matices... no me interesaba explicarlos, sino ahondar en esa parte que a los escritores tanto nos fascina: la especulación. Sin especulación y sin duda, sin multiplicidad; todos seríamos Isabel Allende.

El lector se acerca a un libro para gozar, para maravillarse o ingresar en la extrañeza. Un escritor en cambio, se acerca a un libro para abreviar, para aprender, como un sastre quisquilloso que voltea al revés un saco para verle las costuras... o un albañil asombrado en una catedral ante la posición de una viga maestra. Siento que un escritor solvente es ante todo un lector riguroso... un amateur que se siente con las ínfulas o el coraje para emprender su propia aventura; de proponer a partir de algo, de sopesar ciertas habilidades y recursos... de coleccionar desde dentro y desde afuera de la literatura. De escuchar y mirar de otra manera.

Mirar al mundo y a la gente como un recién nacido o como un alien recién llegado.

IV

En un sistema que pretende embargarnos hasta el aire, el respirar es un acto político.

La furia es un acto político. Soñar. Sin embargo, no creo en la literatura pensada de antemano como una forma de propaganda. Creo que el principal deber del escritor es para con el lenguaje y para con la imaginación.

Sin embargo, muchos de mis referentes literarios más queridos son escritores que pudieran ser tachados de militantes: José Revueltas, Rodolfo Walsh, Miguel Hernández, Francisco Urondo, Haroldo Conti, Rodolfo Usigli, Leonel Rugama, Rubem Fonseca, Ibarquengoitia, Carpentier, Ricardo Piglia.

En la victoria de Apolonio Ugarte sobre el comandante Lauro Zavala quise hacer el saldo de una generación pulverizada; un ajusticiamiento poético: la contraposición del poeta contra el policía. La expresión artística como una forma sutil y absoluta de poder, un designio inaccesible a los zarpazos de la violencia institucional.

Uso la literatura como un vehículo hacia la extrañeza.

Un sonar en pos de barcos hundidos. Un piolet en la frente de Dios.

Creo que la responsabilidad en la construcción de una obra notable le compete únicamente al autor. Más dinero no redundaría en mejores libros o mejores escritores. En mi caso, no concibo en mi obra una visión de “lo nacional”, mucho menos regional. Me interesan otros factores; otros territorios. No establezco de antemano ciertos límites temporales o físicos. Puedo decir con conocimiento de causa, que puede escribirse incluso desde la desesperación.

Murania es un western donde los pistoleros perdieron el alma. Un mapa de carreteras habitadas por almas que perdieron el cuerpo. Es un corrido sobre la diáspora cantado al estilo del sur de Texas. Es la sala de cine vacía donde se proyectan mis pesadillas. Son los cuentos que no les conté a mis hijos mientras cargaba basura en la distancia y el hielo. El diálogo con una mujer que estaba demasiado lejos. La memoria recuperada de mi padre, la tumba de palabras donde yacen los fantasmas familiares.

V

Finalmente: Qué necesita un escritor joven para empezar a escribir:

Hallar su propia voz. Tener enfocadas sus obsesiones. Tener tiempo para leer. No perder las agallas. No perder la duda. No estar satisfecho. Tener el valor y la lucidez para asomarse a ese vértigo, como saltar desde lo alto de una cascada, dispuesto a encontrarlo todo: desde el filo de las rocas, la oscuridad del abismo, el aturdimiento del frío o la luz total de la espuma. •

ALEJANDRO PÉREZ CERVANTES. Escritor mexicano. Correo electrónico: alejandroperezcervantes@hotmail.com